

## LA MUJER DEL ANDÉN

A través del descampado, los dos hombres avanzaban con paso firme camino de la estación. Ana iba rezagada detrás. Los delgados brazos algo en alto para guardar el equilibrio, ponía especial cuidado en que sus nuevos mocasines blancos no resultasen arañosos por ninguna zarza ni acabasen manchados de barro en un mal paso. Llevaba un vestido sin mangas, también blanco, estampado con grandes crisantemos de color violeta. Su corta melena rubia se curvaba en suaves bucles a la altura de la nuca.

Al levantar la cabeza, vio que los hombres casi habían llegado a la escalera del andén. Diego se detuvo y se volvió para asegurarse de que los seguía. La esperó unos instantes, como dándole tiempo, pero antes de que se le acercase se dio la vuelta y empezó a subir los peldaños de cemento.

Ana los alcanzó arriba.

Ambos eran altos y de complexión atlética. A Borja se le destacaba más la musculatura bajo el traje y Diego poseía un rostro alargado y de líneas más claras. Quietos y en silencio, contemplaban el lugar.

Aparte de la plataforma, quedaba una pobre construcción de ladrillo que albergaba un bar y ocupaba parte del espacio entre el andén y la carretera. Pegada a la fachada, había una cabina telefónica. Pasado el bar, un cubículo gris con una desconchada puerta de madera y la palabra LAVABOS escrita a mano. Después nada. Diego echó a andar lentamente y los otros le siguieron. A la derecha, al otro lado de la vía, una franja verde se extendía paralela al flanco de la montaña.

Ana se había vuelto a quedar un par de metros por detrás. Con el bolso negro de piel muy apretado debajo del brazo, clavaba su mirada en la oscura salida del túnel por la que el tren debía aparecer.

Sólo dos ancianos ocupaban el andén. Estaban sentados en sillas plegables bajo la ventana del bar, vestidos como trabajadores del campo. Las manos posadas en sus bastones, no tenían aspecto de esperar el tren para subir a él. Diego los saludo con la cabeza mientras pasaba junto a la cabina de teléfono. Se detuvo bajo la placa del bar y empujó la puerta.

En el interior había tres hombres, aparte del empleado. Uno apoyado a la barra y otros dos más jóvenes en una mesa de la pared del fondo, cercana a la máquina tragaperras. Entre ésta y la barra, una segunda puerta daba acceso al establecimiento desde la carretera. Todos miraron con interés a los visitantes.

Diego hizo señas a Ana y a Borja para que se quedasen en la mesa más cercana. Entonces fue a hablar con el hombre que atendía la barra.

-¿Cuánto falta para el próximo tren?

-Tiene que pasar a las doce –dijo el camarero, pasando el paño a un vaso que ya estaba seco-. Normalmente vendo yo los billetes. Pero hace una semana que se me agotaron y esos capullos aún no me han enviado más. Somos un pueblo demasiado insignificante para que se molesten por nosotros. Y ya estoy harto de ser yo quien...

-No importa.

El reloj de la pared marcaba las once y veinte.

Diego echó un vistazo a la carretera por el ventanal situado al final de la barra. Los almacenes del otro lado estaban cerrados y los únicos vehículos estacionados cerca se veían abandonados.

-Tendrán que buscar al revisor en cuanto estén arriba –dijo el camarero-. Será mejor que lo hagan. Así no podrá decir que lo han cogido en otro lugar y les hará el billete sin soltar chorradas. Hay quien se ha subido aquí y...

-No importa –le cortó Diego de nuevo-. Sólo vamos a esperar a un amigo.

El tono formal de Diego no impidió que el hombre arrugara el entrecejo. Se giró para dejar el vaso en la repisa y comenzó a doblar el paño pulcramente en el aire.

-¿Van a tomar algo? –preguntó al ver que Diego no se marchaba-. Tampoco es que sea obligatorio. Cuando no tengo el bar lleno no me importa que la gente se siente simplemente a esperar. Esos sinvergüenzas no han sido capaces ni de poner un banco en la plataforma.

-Tomaremos tres cervezas- dijo, con una sequedad que era producto de la costumbre.

Fue a la mesa y se sentó de cara a los cristales que daban al andén. En la ventana, se veían las cabezas de los dos ancianos. Estaban inmóviles. El aire jugaba con sus ralos mechones igual que con las hebras de hierba al pie de la montaña.

Borja miró a Diego con una interrogación. Éste alzó la palma de la mano, sin despegar la muñeca de la mesa.

Sentada entre los dos, Ana había sacado un cigarrillo. Lo mantenía apagado entre los dedos, a la altura de su boca, como si hubiese olvidado que lo tenía ahí y que podría fumarlo si lo encendía. Un collar de perlas le daba dos vueltas al cuello. Cogiendo la vuelta más larga con la mano izquierda, no dejaba de enrollar y desenrollar el dedo índice en ella. Sus labios se movían sutilmente, sin articular sonido alguno.

Ninguno de los tres dijo nada hasta que el camarero hubo llevado las cervezas y vuelto a la barra.

Entonces Diego se dirigió a Borja:

-Ve por el coche. Tráelo y apárcalo frente a la salida. Creo que no tendremos de qué preocuparnos.

Borja miró por encima de su hombro. Mucho más allá de la ventana y de las dos cabezas inmóviles aparecía la boca negra del túnel. La vía formaba una suave curva sobre la hierba y luego se enderezaba. Los raíles se destacaban a la luz matinal como cortes precisos en un lienzo.

-No vendrá hasta las doce –señaló Diego-. Hay tiempo.

-Está bien. Dejaré las llaves puestas. Si tenemos alguna sorpresa...

-¿Qué sorpresa?

Los ojos de Borja se movieron por un instante hacia la mujer a su lado.

Ana seguía sin entrar en otra conversación que no fuese la que debía de estar manteniendo en su cabeza.

Diego también la observó. Sin darle importancia, dijo a Borja:

-Anda. Muévete.

Borja alzó su vaso y vació la mitad. Arrastró la silla hacia atrás, cruzó el local y salió por la puerta opuesta a la que habían usado para entrar.

Tanto el camarero como los tres clientes lo vieron marchar. Luego giraron sus cabezas al unísono y, al ver que Diego los esperaba con la mirada, volvieron inmediatamente a lo que fuera en que habían estado fijando su atención. La máquina tragaperras los dejó en silencio al terminar su pobre cantinela de reclamo.

Ante la falta de tareas innecesarias, el encargado de la barra terminó conectando la radio que había en la repisa de los licores. La voz de un comentarista dio paso a una fanfarria de corte patriótico.

Diego relajó los hombros. Su mano buscó la cerveza. Probó un sorbo y enseguida la volvió a dejar.

Sólo entonces sacó un encendedor del bolsillo de su camisa y lo prendió a unos centímetros del rostro de la mujer.

Ana reaccionó de súbito. Sus mejillas se hundieron con la primera calada.

Diego le cogió la mano que seguía jugando con el collar de perlas. Apretándosela, la obligó a posarla sobre la mesa.

-Así está bien –dijo-. Ahora sólo queda esperar.

-Yo no hago ninguna falta aquí.

-Ya lo hemos discutido. –Su tono dejaba fuera cualquier negociación.

Ana le lanzó una intensa mirada. Sus ojos eran redondos y muy grandes. El iris era de un azul vivo y parecía reflejar siempre cierta tensión. Incluso cuando el resto del cuerpo se mostraba tranquilo.

-El bajaré de todas formas. Da igual si me ve o no. Sé que bajaré. ¿Por qué no quieres entenderlo?

-En realidad no importa –contestó él. Podía hablar sin bajar demasiado la voz, gracias al sonido del aparato de radio.- Quiero que te vea y quiero estar seguro de que le voy a tener.

-Di mejor que disfrutas haciéndome pasar por esto.

-Te sobrevaloras. Todo responde a una cuestión práctica. Lo importante es quitarme esto de encima cuanto antes. Yo también he actuado demasiado tarde.

-¿También? –preguntó ella.

Diego se encendió un cigarrillo. Soltó el humo muy despacio hacia el lado vacío donde había estado Borja.

-Hace un año –dijo- alguien debería haber actuado en un sentido u otro. ¿Cuánto tiempo pasasteis aquí?

-Dos semanas.

-¿Es eso suficiente?

La mano de Ana hacía rotar el vaso, ensanchando la mancha de humedad sobre la superficie de madera. No lo había alzado ni una sola vez.

-Estaba enamorado –respondió-. Antes ya lo estaba. ¿Qué importa el tiempo que pasara?

-Tú también le querías, supongo. Prefiero pensar que si lo echabais todo a perder era por algo.

-Sólo rompíamos una regla estúpida. Separarnos después de hacer el trabajo y ocultarnos cada uno por nuestra cuenta... No creímos que dos semanas juntos pudiesen hacernos daño.

-Tendríais que haberos ido entonces. No entiendo por qué no lo hicisteis.

-El dinero. –Ana pegó una profunda calada al cigarrillo. Sus rasgos se afilaban cuando lo hacía.

-¿Y vuestra parte del trabajo de Vitoria? Con eso hubieseis durado otro año.

-Otro año –dijo ella.

-Claro. Queríais el retiro completo. Pero eso nunca se consigue. Por esa razón uno se engaña, y cuando quiere ver la verdad, la verdad es demasiado dura. Entonces cree que tiene derecho a pedir algo a cambio. Y ese algo casi siempre implica joder a sus propios compañeros. El último golpe es un mito. Un sueño de chiquillos.

-Él no habría madurado, entonces.

-Ni tú tampoco. Por eso no debí dejaros volver. Reconozco que tengo tanta culpa como él. Si fuese la mitad de inteligente de lo que a veces me creo...

-De esta forma sólo has perdido a un hombre.

Diego la atravesó de pronto con la mirada.

-¿De veras crees eso? –dijo-. ¿Crees que sólo he perdido un hombre y ya está?

Agachando la cabeza, Ana aplastó el cigarrillo sobre el logotipo de una marca comercial, impreso al fondo del cenicero de loza. El índice había vuelto a desaparecer de su mano izquierda, enrollado en el collar de perlas.

La puerta del otro extremo del bar se abrió con un chasquido. Diego se volvió esperando ver a Borja. Casi se le crisparon los nudillos al descubrir la figura fornida y de rostro chato que introducía su cuerpo por el umbral. Todo lo que vio fue un uniforme azul oscuro y una pistolera.

El recién llegado dio unos pasos dentro del establecimiento, como decidiendo a dónde dirigirse. Cogida la gorra de plato a la altura del vientre, la hacía dar vueltas, manteniéndola sujeta con ambas manos abiertas. Sus ojillos hundidos barrieron el local. Se posaron más tiempo de la cuenta sobre la pareja de extraños.

Diego se obligó a beber de su vaso. No prestó atención a otro lugar que no fuese la ventana. Oyó más pasos en el centro del bar y comprendió que el agente se estaba acercando al camarero.

Hubo saludos entre ambos.

Arrellanados en sus asientos, con las piernas estiradas bajo la mesa del fondo, los dos jóvenes no parecían preocuparse de nada más que de sus propios cigarrillos y bebidas. El hombre apoyado en la barra cogía cacahuetes de un plato, seguía el ritmo de la radio haciendo tamborilear los dedos.

-Magnífico –dijo Diego.

-¿Esto no te obliga a cambiar de planes? –preguntó Ana, incapaz de contener una nota de esperanza.

Por unos instantes, Diego permaneció atento a los progresos de la quebrada capa de espuma en su cerveza.

-No –dijo-. Hay que hacerlo. El único momento delicado será cuando nos acerquemos Borja y yo. Pero él no va a ser tan estúpido como para intentar nada. Incluso si va armado, cosa que no creo. Perdería toda oportunidad.

-Olvidas que ya lo ha perdido todo.

-Nunca se ha perdido todo. Esa es otra chiquillada. –Hizo una pausa y continuó:- Cuando salgamos a vuestro encuentro le estrecharemos la mano como viejos amigos. Nos colocaremos uno a cada lado. Tú irás por delante, así nos cubrirás en caso de que haya que amenazarlo con una navaja. Atravesaremos el bar y subiremos en el coche, que nos esperará a la entrada. Resultaría sospechoso para alguien acostumbrado a estas cosas. Aquí nadie se imaginará nada.

-¿Ni el policía? –preguntó ella, mirando de reojo.

-No tiene por qué.

Ana se recostó en su silla y soltó una exhalación. Tiró del collar de perlas hacia delante, cerrando la vuelta más corta alrededor de su cuello. Su mirada se cruzó con la del agente, que bebía café sentado a un taburete de la barra. La apartó en seguida y consultó el reloj.

Faltaban diez minutos para la llegada del tren.

-Borja debe de estar al caer –observó Diego.

-Sigo pensando que es un gran error –dijo ella-. Ni siquiera te ha perjudicado. De todas formas, ya ha tenido su castigo.

-He de hablar con él. –Miraba a un punto tras los cristales.- Y no podríamos haber escogido un sitio mejor. Iremos a cualquier rincón, en las montañas.

-¿Dónde nadie lo vaya a desenterrar accidentalmente?

-Estás muy segura de que voy a matarlo.

-¿Qué vas a hacer si no?

Diego no contestó. Siguió mirando hacia el exterior, hacia la silenciosa boca abierta en la montaña.

Las cervezas se habían calentado encima de la mesa.

-Pero aunque vayas a hacerlo –continuó Ana-, yo no tendría por qué estar aquí. Te dije dónde vendría. Te dije que bajaría del tren, me viera o no. Sé que no renunciaré a la esperanza de encontrarme en el pueblo. Buscaré en el hotel, en las casas deshabitadas...

-Crees que lo conoces muy bien.

-No se necesita saberlo todo de una persona –dijo ella.

-Es posible –reconoció-. Algunos son predecibles, incluso cuando no se dejan conocer.

La aguja larga del reloj avanzó un paso. El siguiente marcaría los seis minutos para la hora en punto.

-De lo que no hay duda –dijo Diego- es de que él no llegó a conocerte a ti. –Ana lo miró horrorizada. Él la esperaba con una sonrisa despectiva en los ojos.- Hubieses venido sola, de haberse salido con la suya. Eso yo lo sé.

-Deja que me vaya –dijo Ana, bajando la voz a un susurro. Y tras un momento de resistencia en que forzó y relajó la mandíbula:- Te lo suplico. Deja que me vaya, por favor.

Con una nota de sarcasmo, Diego preguntó:

-¿Qué te preocupa más, que pueda morir o que sepa que lo has traicionado?

En el centro de los grandes ojos azules, las pupilas habían empezado a vibrar débilmente.

-Quizá tengas miedo de verlo por ti misma. Lo que sentirá, quiero decir. Su mirada sobre ti. No se trata de lo mal que lo vaya a pasar sino del modo en que ese sufrimiento tendrá que ver contigo. Lo que desde entonces vas a ser tú para él.

Ana se levanto bruscamente. La silla estuvo cerca de caer al suelo detrás de ella. Mirándolo, con las aletas de la nariz muy dilatadas, agarró el bolso y giró sobre sus talones. Al momento siguiente ya se encontraba fuera en el andén.

Todos los hombres del bar habían prestado plena atención a su salida.

Todos menos Diego.

Los ancianos habían girado sus cabezas apenas unos milímetros para contemplar a Ana. Hacía algo de frío y en el cielo iban apareciendo densas formaciones nubosas que comenzaban a formar un techo espeso y gris entre las montañas. La hierba al borde de la vía se veía bañada por la humedad.

Estaba parada en medio del andén. Sintió frío en los hombros, que su vestido dejaba al descubierto, e inconscientemente se aferró a ellos con las manos. Los brazos cruzados apretaban el bolso contra su pecho.

La boca del túnel permanecía en silencio. Al volverse al otro lado, vio la vía que continuaba su recorrido al descubierto, paralela a la pared rocosa. Pero ahora se dio cuenta de que allá a lo lejos, la línea se hundía de nuevo en otro túnel.

Ana giró a su izquierda y echó a andar con lentitud. En sus sillas plegables, los ancianos la seguían con ojos nublados por la inercia de la rutina. Dejó atrás el cubículo de los aseos y se detuvo en el borde desprotegido de la plataforma, de espaldas a la vía. Allí se descendía por una rampa de tierra hasta un descampado similar al que habían tenido que cruzar un rato antes. El terreno mostraba signos de haber sido cultivado; marcas de arado, aún no borradas del todo, y un puñado de hojas, reseca y agujereada, que se resistían a ser arrancadas de la tierra por el viento. Ahora los matojos se extendían por todas partes. Montones de chatarra y desperdicios se acumulaban del lado próximo a la carretera.

Por encima de los almacenes, Ana distinguía el campanario de la iglesia y algunos tejados de pizarra que podía recordar con total claridad. En cierto sentido, experimentaba la sensación de no haberse alejado más que unos días. El año transcurrido se esfumaba una vez de vuelta y cada detalle del paisaje adquiría su barniz de cotidianidad.

Con los momentos era distinto. Todas las vivencias guardadas en la memoria, la habitación de hotel... Aquello había pasado a formar parte ya de otra vida. Como los tenues esbozos de recuerdo asociados a la primera infancia.

Volvió sobre sus pasos y se metió en los lavabos.

Trozos de azulejos rotos llenaban las esquinas. La taza del váter, separada por un tabique de poca altura y un marco sin hoja, carecía de tapa. Ana se acercó al lavabo. Procuró no rozar siquiera el borde ennegrecido. Alrededor del espejo, manchado de cal, había infinidad de frases obscenas escritas con rotulador.

Presionando los topes dorados del cierre, abrió el bolso y miró en su interior. El cañón cromado emitía destellos incluso allí dentro. Metió la mano para tocar la pequeña automática. Antes de pensar en lo que hacía, la tenía empuñada fuera del bolso. La volvió a guardar rápidamente, al tiempo que lanzaba una mirada sobre su hombro. La puerta seguía encuadrando sólo el vacío. Su mano salió de nuevo del bolso, esta vez con el pintalabios. Quitó la tapa y giró la base, haciendo surgir la barra rosácea. Se la llevó a los labios pero detuvo el movimiento a mitad camino. Sus ojos acababan de captar su propio rostro en el espejo.

Guardó la barra sin usar. Se retocó un poco el peinado con la mano y salió fuera.

Diego y Borja estaban en el andén, frente a la entrada del bar. Ambos la observaron, pero ninguno hizo amago de moverse ni dijo nada. Un sordo rumor, como

una corriente subterránea, llegaba desde lo lejos. Ana lo sintió aumentar de volumen dentro de sí.

Se abrió la puerta del bar. Ahora el policía iba con la gorra encasquetada. Ignorando a los hombres que se hallaban de pie, saludó a los dos ancianos y siguió su camino en dirección a donde estaba Ana. Hizo una inclinación de cabeza al llegar a su altura y pasó de largo.

Ana puso todas sus energías en no gritar. Diego la escrutaba con fijeza. Había borrado cualquier intención del rostro, pero ella lo entendía todo. El amenazante significado de su mirada.

Entonces él y Borja le dieron la espalda. Fueron hasta la cabina telefónica y se quedaron allí apostados.

Justo se estaba volviendo Ana hacia el creciente rumor, cuando vio la máquina emerger de la montaña.

Detrás de la cabina, Borja consultó su reloj de pulsera.

-Llega tres minutos tarde.

Diego se despegó de la pared para tener una mejor visibilidad.

-Ha vivido con retraso –dijo-. Tiene necesariamente que morir con retraso.

El tren se acercaba a la estación. A través de las lunas de vidrio de la cabina, podían vigilar todo el andén. Y era difícil que alguien les reconociese a ellos desde allí o desde los vagones.

Al otro extremo, donde terminaban los lavabos, el policía se había quedado plantado, las manos en los bolsillos. Esperaría a que el tren dejase sus pasajeros, por pura rutina, y se largaría. Diego no le daba demasiada importancia.

Más cerca de la cabina seguían sentados los dos ancianos, sendos bastones sujetos entre las rodillas. Y justo en el centro, entre estos y el agente, estaba ella.

Diego observó la entrada del tren como fondo a su figura de espaldas. Su fino talle se veía espléndidamente envuelto en el vestido blanco y el violeta de los crisantemos resultaba un acertado contraste a los bucles dorados que remataban la base de su melena. El bolso colgado del hombro, esperaba protegiéndose los brazos del frío con ambas manos.

A Diego le pareció la imagen de la perfecta bienvenida. El mejor recibimiento con el que un desposeído pudiera soñar.

El tren se fue deteniendo con suavidad. Hubo un chirrido de frenos y un siseo como de aire comprimido. La cabeza del convoy había quedado justo a la altura de la cabina de teléfono. Diego y Borja atisbaban a través del vidrio. Las compuertas correderas se estaban moviendo a lo largo de toda la hilera de vagones.

Debió de transcurrir una veintena de segundos.

Nadie más se apeó del tren. Le vieron descender por una de las escalinatas del vagón de cola y Borja murmuró:

-Es él.

-Sí –contestó Digo-. Ningún cambio de apariencia puede falsear a un hombre cuando está solo.

Se había dejado crecer la barba. Vestía vaqueros desteñidos y una roída camisa de leñador. Al costado, portaba una vieja y maltrecha maleta. Su aspecto, para los hombres que le esperaban, era de estudiado desaliño.

-¿Cuándo nos movemos? –preguntó Borja.

-Tranquilízate. Todavía podría volver al tren. Además está demasiado cerca del poli.

El agente lo había visto bajar, pero ahora ponía más atención en el revisor. Asomado a la cabeza de la maquina, éste comprobaba si subía alguien.

Ana no se había movido de su sitio. Bajando las manos a lo largo del cuerpo, esperaba a que él se le acercase. Diego no imaginaba cual sería la expresión de su rostro.

El hombre llegó hasta ella. Dejó caer la maleta. Ambos se buscaron al unísono en un abrazo. Hundiendo los dedos en la espalda de Ana, él daba la impresión de querer arrancar los crisantemos de su vestido.

Desde esa distancia, a Diego le pareció que hubiese podido reconocerlos. Pero teniéndola no pensaría en nada más.

Entonces ella hizo algo.

Sin motivo aparente, giró sobre sí misma, llevándolo consigo en su abrazo mutuo. Ahora era él quien les daba la espalda y no ella. Ana quería retrasar lo inevitable, pensó Diego. Un gesto absurdo. Unos segundos más y ellos saldrían. Y él lo sabría todo respecto a ella.

Pero de golpe lo vio venir.

No supo por qué. Quizás sólo una extraña sensación.

En un susurro, dijo a Borja:

-Ve al coche y arranca el motor.

-¿Cómo?

-Al coche. Rápido.

Borja no llegó a entenderlo bien.

El tren estaba partiendo. Los ancianos contemplaban sin disimulo a la pareja abrazada y el agente de la ley se disponía a volver al bar. Incapaz de hacer nada, Diego vio la mano derecha de Ana descender a lo largo de la columna del hombre al que presionaba contra sí. La mano entró en el bolso negro y al surgir emitió destellos plateados.

Cogiéndole la nuca con la izquierda, Ana dirigió la cabeza del hombre. La llevó hacia atrás, buscando sus labios. Cerró los ojos.

Tras describir una curva en el aire, el brazo formó un ángulo cerrado. El cañón quedó detenido a escasos centímetros de la sien.

Todavía lo estaba besando.

La detonación se elevó por encima del ruido del tren.

Ellos ya habían salido de detrás de la cabina. Borja desapareció dentro del bar mientras Diego corría hacia el origen del disparo.

Aferrado en su abrazo, el hombre de la camisa de leñador resbaló a lo largo del cuerpo de Ana como un manto que la fuese descubriendo. Sus manos seguían agarradas al vestido. Arañaban los últimos crisantemos del bajo cuando Diego la alcanzó.

La cogió por la cintura y le arrebató la pequeña automática. Ella no opuso resistencia. El cuerpo ingravido, no parecía muy consciente de lo que estaba sucediendo. Diego apuntó con el brazo estirado al policía. Éste tenía la mano en la culata del revólver, sin haber llegado a desenfundarlo.

Diego retrocedió. El cuerpo de Ana le hacía de escudo, pero la cabeza no dejaba de inclinarse a un lado y a otro, quitándole visión. Dio un giro brusco para apuntar a los ancianos y comprobar que estaban demasiado atónitos para reaccionar. Entonces Volvió el arma contra el policía.

El sonido del tren se desvanecía hacia el siguiente túnel y el recién llegado yacía estirado en mitad de la plataforma de cemento, un lado de la cara cubierto de sangre.

La gente del bar se había acercado a los cristales para ver lo que sucedía. Los que estaban en la puerta retrocedieron dejándoles paso. Antes de entrar, Diego percibió un fugaz movimiento. El policía había desaparecido tras la pared de los lavabos.

No se detuvo a preocuparse por nadie. Atravesó el local lo más deprisa que su carga le permitía. Los pies de Ana trastabillaban y se tropezaban con el suelo. Por el cristal de la puerta que daba a la carretera, veían a Borja esperar junto al coche. Estaban a punto de alcanzarla cuando sonó el disparo.

Diego sólo vio que Borja contraía el rostro y daba una vuelta contra el lado del vehículo. Entonces se apartó pegándose a la barra. En el espacio que abarcaba el ventanal, apareció la figura azul al otro lado de la carretera. Justo estaba dirigiendo la mira de su revólver hacia el interior del bar.

Diego disparó sin pensar. El cuerpo de Ana se agitó a su costado. La cristalera del ventanal estalló en pedazos y Diego siguió disparando.

Hasta que el percutor pegó dos veces en la recámara vacía.

La espalda del agente chocó contra la fachada de un almacén. Las rodillas dejaron de sujetarle. La gorra de plato cayó vuelta hacia arriba, a sus pies.

Usando a Ana para empujar la puerta, Diego se volvió a los del bar. Todos estaban muy quietos. Parecían sombras contra la luz que entraba del lado del andén.

Salieron.

Borja estaba ya al volante. Abierta la puerta de detrás, Diego empujó a la mujer con violencia encima del asiento. Se metió a su lado y casi al mismo tiempo el coche salió disparado. No se oía nada en la calle más que el ruido del motor.

Doblaron por la primera curva y dejaron atrás la hilera de almacenes, enfilando un camino de casas con corral. Diego iba girado en el asiento para asegurarse de que no les salían acompañantes.

En la siguiente intersección, torcieron a la derecha. Evitaban así la calle que llevaba al interior del pueblo. Pasaron un puente de hierro que cruzaba sobre un cauce seco y entraron en el camino que serpenteaba por la ladera de la montaña.

Una vez perdieron las casas de vista, Diego descansó los hombros en el respaldo.

-¿Aguantarás? –preguntó.

-Creo que sí –dijo Borja. Un hilo de sangre le bajaba a lo largo del brazo derecho hasta el codo y goteaba sobre el cambio de marchas.

Junto a Diego, Ana iba pegada a la portezuela, los ojos vueltos hacia la fila de árboles que desaparecían vertiginosamente al borde del camino. Había rastros de sangre en sus cabellos, su mejilla, y parte del vestido.

El rostro enrojecido y tenso, Diego alzó la mano abierta y la golpeó. Primero detrás de la cabeza. Luego con el reverso en la boca para impedir que ocultara el rostro.

-¡Zorra! –exclamó-. Eso te hubiese hecho sentir mala, ¿eh? Una puerca rastrera.

Siguió abofeteándola en las mejillas y en los costados de la cabeza y en el cuello. Cambió de posición y la siguió golpeando con el puño de la otra mano.

En un último amago de descarga, dejó el puño en alto.

Ana yacía acurrucada en el rincón del asiento. Esperaba el próximo golpe con los hombros encogidos y la barbilla clavada en el pecho. Se rodeaba las piernas con los brazos, las rodillas flexionadas, presionando los pálidos muslos contra su estómago. Los bajos del vestido se le habían deslizado hasta la cadera. En una mano apretaba con fuerza el collar de perlas, cuyo extremo se había introducido en la boca.

Diego dejó caer la mano. Volvió a recostar la espalda.

-Eres una egoísta –dijo-. Una zorra egoísta.

El cuerpo de Ana se distendió. Tan sólo sus dientes se mantuvieron tensos, presos a las perlas del collar. Una especie de siseo se le escapó por la boca.

A su lado, Diego se sentaba rígido, fija la mirada en el camino que serpenteaba y se retorció al paso del coche.